

Introducción

¡Hola amigos! Nuestra Quinta Vicaría ha elaborado esta catequesis buscando que comprendas y llegues a apreciar mucho el gran regalo que representa la vida consagrada, es decir, el valor de cada persona que ha dedicado completamente su vida en entrega al único Dios por quien se vive. No te vamos a explicar aquí todo lo que se podría decir sobre la consagración a Dios sino solo queremos iluminar en base a la fe católica cómo se refleja en la vida consagrada el misterio de la Santísima Trinidad para que en cada parroquia y comunidad de nuestra diócesis reflexionemos sobre este grandísimo don.

¿No me digas que no has escuchado nunca hablar de San Francisco de Asís o de San Agustín? ¿conoces la historia de San Benito o la de San Felipe Neri? Todos ellos son grandes santos que pertenecían a la vida consagrada, vamos a intentar entender qué tienen todos ellos en común y cómo se inspiraron en Cristo para vivir su vida.

Desde la Transfiguración.

Lo primero que haremos será leer un pasaje del evangelio para poder entender en qué se inspira la vida religiosa, miremos atentos los detalles como la luz, la nube, la voz, las vestiduras de Cristo en esta narración:

Seis días más tarde llamó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña elevada. Delante de ellos se transfiguró: su rostro resplandeció como el sol, sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien se está aquí! Si te parece, armaré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa les hizo sombra y de la nube salió una voz que decía: Éste es mi Hijo querido, mi predilecto. Escuchadle. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces temblando de miedo. Jesús se acercó, los tocó y les dijo: ¡Levantaos, no temáis! Alzando la vista, no vieron más que a Jesús solo. Mientras bajaban de la montaña, Jesús les ordenó: No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de la muerte. (Mt 17, 1 ss)

Todos estamos llamados a contemplar esa luz que es Cristo, pero ya desde este mundo algunos están llamados a reflejar esa luz con su propia personalidad ¿porqué? pues porque ya en el evangelio no todos los discípulos vieron esta escena ¿te fijaste quienes subieron con Cristo? Solo algunos van con él, por eso el esplendor de Cristo resplandece ante el mundo en algunos miembros su Iglesia de la misma manera como, ellos brillan en el mundo consagrandose plenamente a él. Otras personas que no son parte de la vida consagrada, los laicos por ejemplo han de servir a Dios con la tarea de trabajar y ordenar este mundo. Pero es una tarea única de la Vida Consagrada concentrarse durante todo el día en reproducir la imagen de Cristo.

Además a los consagrados se les confía la gran misión de hacer ver en este mundo algo de lo que ocurrirá en la vida futura (VC 26) su misión también es señalarnos a todos que Cristo es nuestra meta en el más allá y Reino de Dios del futuro ya lo viven algunos cuando en vez de buscar el afecto de una persona en este mundo buscan sólo en Jesús su satisfacción, en él su mayor riqueza y en hacer lo que el quiere encuentran la plenitud de su voluntad.

Los que viven una vida consagrada quieren abrazar cada día la misma forma de vida que Cristo vivió en el mundo, así la luz de Él que se entregó completamente por los hombres en amor se refleja en los consagrados gracias a el voto de castidad cuando entregan toda su afectividad a Cristo el “más bello de los hombres” una belleza que resplance especialmente en la cruz, el signo más fuerte de su amor

por nosotros. La vida de aquel que no tuvo dónde reclinar la cabeza y el empeño de Cristo por el Reino de Dios resplandecen en los consagrados con las alianzas o votos de pobreza que realizan intentando asumir como riqueza únicamente los bienes de allá arriba donde no hay corrupción ellos quieren que sean estos su única y máxima seguridad. El amor de Cristo al Padre por el cual cumplía perfectamente su voluntad viene a reflejarse en quienes viven la vida consagrada en un compromiso de obediencia asumiendo en la voluntad del superior de su comunidad la misma voluntad de Dios que se expresa en palabras para aquí y ahora.

Invitados por el Padre

La escena de la transfiguración contiene además un llamado, una invitación a poner atención, como una súplica del Padre para oír a Jesucristo: “*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo*” y es la voz de Dios indicándonos que el Hijo es amado y que debemos atenderlo. Es una invitación que da origen a la vida consagrada invitados de parte del Padre en la Santísima Trinidad, para dedicar la vida entera a escucharlo, una atención a él que puede ser llevada a cabo con plenitud en esta tierra a través de la profesión de los consejos de pobreza, castidad y obediencia.

El Padre pide que atiendan a Cristo de modo completo y total en su vida, sin dar espacios a otra cosa que no sea inmediatamente Él, esta atención completa de la persona se convierte en promesas por parte de los que llevan una vida consagrada. Así consagrarse equivale entonces a una dedicación plena a los intereses del Reino de Dios, desde la propia pequeñez pero enamorados de esa voz que invita a oír al Hijo amado.

Esta llamada no impide que los apóstoles se sientan atemorizados ante la Majestad divina que los envuelve. Siempre que el hombre experimenta la gloria de Dios se da cuenta también de cuánto es pequeño y de aquí surge un contraste y hasta una sensación de miedo, este temor es saludable -dice el papa Juan Pablo II-, este temor recuerda al hombre que solo Dios es perfecto y que cada uno debe reconocer ante él que ha fallado. Reconciliarse, recibir el perdón de los pecados y seguir adelante con una llamada urgente a la «santidad» (VC 35) es una manera como los consagrados también entran en contacto con el Padre, además de hacerlo con aquella invitación a oírlo que se ve en la Transfiguración.

Es por eso que decimos que Dios es misericordioso por llevarnos en el corazón (cordia) con amor por lo miserable (miser) ... misericordia es la cualidad paternal que se muestra particularmente cuando se nos perdona en Cristo, porque es en cuanto somos miembros de su cuerpo que alcanzamos la gracia de ser absueltos. Las sombras de la miseria humana provocan volver constantemente a la casa paterna para recibir el perdón y la restauración de la historia recordando el pasado no lleno de miseria sino de misericordia. Cada persona que vive la vida consagrada no se encuentra en un club de santos como dice el Papa Francisco sino entre pecadores que también curan sus heridas en el hospital de la misericordia, también en la vida consagrada hay hombres y mujeres reales, no ángeles que nunca se equivoquen sino personas de carne y hueso que han sido llamados no porque sean buenos sino para que lo sean.

Invitados por el Padre a escuchar al Hijo a los consagrados se les ofrece una belleza única que refleja la belleza del Padre (Hb 1,3) ¿cómo podríamos distraernos de la máxima belleza? Todos la podemos notar por la fe pero a algunos esta belleza les conquista hasta las entrañas y por eso hacen votos. Cristo mismo resplandece de la gloria paterna con la máxima belleza pero es una belleza que solo se capta por la fe y que provoca una atracción infinita en el corazón de algunos, una atracción que llena toda su inquietud interior. La belleza de Jesús es digna de una total entrega de la sensibilidad al grado de llevar a cabo en los consagrados un voto de castidad, pues en él se conoce la misericordia del Padre con la entrega del Hijo hasta la muerte por nosotros, esa entrega es bellísima y provoca el amor más grande que enamora al consagrado hasta dejarlo todo por él. Escuchar al Hijo y su Palabra es lo que le proporciona al que vive una vida consagrada la riqueza más grande que todos los tesoros de este mundo (Mt 13,44) para vivir pobremente teniendo toda su fortuna en él.

Para seguir a Cristo

Habiendo escuchado la voz del Padre los consagrados salen al encuentro de Cristo, mientras el Padre los invitaba a escucharlo y ellos concentran toda su personalidad en el Transfigurado de modo que en su mirada se cautivan con un resplandor que los conquista, con una belleza que les seduce, es el “resplandor de la Gloria del Padre”(Hb 1, 3) Dios que habita en una luz inaccesible (I Tim 6, 16) ha dejado una chispa de su luz en la gran escena de la transfiguración, ahí su cuerpo y sus vestidos se hicieron luz y resplandor, los discípulos quisieron quedarse ahí. A lo largo de todos los siglos ha habido algunos llamados a permanecer siempre viendo ese resplandor y reflejándolo en toda su vida, para ellos todo lo demás es “pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús”, ante el cual no duda en tener todas las cosas “por basura para ganar a Cristo” (Flp 3, 8). Su aspiración es identificarse con Él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida. Este dejarlo todo y seguir al Señor (cf. Lc 18, 28) es el deseo completo de una total identificación con Él, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad. En el Apocalipsis se habla de algunas personas que siguen al Cordero “donde quiera que vaya” (14,4) así los consagrados, realizan este seguimiento como una vida que quiere reproducir los pasos de Cristo en el presente haciendo del estilo de Cristo la forma de su propia vida.

La Transfiguración también lleva a los discípulos a mirar intensamente la pasión y muerte del Señor, en ella Cristo padeciendo con su cuerpo realiza el gesto más poderoso de amor “por mi” (Gal 2, 20). Cada consagrado se inspira también en la contemplación de su Señor, la cruz es origen también de la vida de consagración pues es el altar desde el que Reina aquel que cuando es levantado atrae todos hacia sí.

Si bien la Cruz es la sobreabundancia del amor de Dios que se derrama sobre este mundo, sin la resurrección este gesto de amor quedaría incompleto. Por eso la victoria sobre la muerte tiene una especial importancia en la vida del consagrado que contempla extasiado la belleza de Cristo no sólo en su cruz sino en toda su historia:

«Hermoso siendo Dios, Verbo en Dios [...] Es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitado a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiéndolo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte de vuestros ojos el esplendor de su hermosura» (VC 24)¹

Mirar la Cruz y la resurrección de Cristo les permite superar todas las pruebas e incluso su misma debilidad, en la aceptación de los sufrimientos para completar lo que en la propia carne « falta a las tribulaciones de Cristo » (Col 1, 24), en el sacrificio silencioso, en el abandono a la santa voluntad de Dios, en la serena fidelidad incluso ante su propia debilidad cuando por el paso del tiempo van perdiendo las fuerzas (VC 24)

En el Espíritu Santo

En la escena de la transfiguración también se habla de que «una nube luminosa los cubrió con su sombra» (Mt 17, 5) como dice el Catecismo de la Iglesia Católica (697) esta nube los “cubrió con su sombra” a Jesús, a Moisés y a Elías, a Pedro, Santiago y Juan (Lc 9, 34-35). Es, finalmente, la misma nube la que “ocultó a Jesús a los ojos” de los discípulos el día de la Ascensión (Hch 1, 9), y la que lo revelará como Hijo del hombre en su Gloria el Día de su Advenimiento (cf. Lc 21, 27). El Espíritu Santo aparece como protección y luz, como revelador y también con quien se realiza el ascenso al cielo.

¹ S. Agustín, *Enarr. in Psal.* 44, 3: PL 36, 495-496.

El Espíritu Santo así como es unción en la persona de Cristo y por eso él es el Ungido de Dios, también es quien hoy en día acerca nuevas personas a percibir el atractivo de Cristo, pues no accedemos al unguido sin pasar por la unción. A algunos católicos los guía a una opción tan comprometida como es la vida consagrada, a Él se le atribuye la santificación en nuestra Iglesia y es obra suya la llamada y la maduración de un creyente que sigue los pasos de Cristo en la vida Consagrada.

Ya en Cristo el Espíritu Santo es el agente de la concepción milagrosa del Señor (Lc 1, 20); es él mismo quien lo conduce durante su vida pública (Mt 4, 1) la pasión y resurrección son una condición indispensable para que se nos entregue el Espíritu (Jn 16,17). La alegría de los consagrados por Cristo tiene un impulso peculiar con la Ascensión del Señor porque ésta es la condición necesaria para recibir el Espíritu que llena de gozo (Jn 17, 6) ahí se encuentra la satisfacción que puede atraer a una persona a dedicarse totalmente a él.

Dedicarse a una vida del espíritu es entonces un camino espiritual llamado en la tradición de la Iglesia “filocalia”, es decir, un camino de amor por la belleza divina, una vida que es irradiación de la divina bondad. Un consagrado está llamado a vivir de la belleza de Dios que se muestra misericordioso en Cristo y que mueve al creyente a responderle cuando nos dice “ven y sígueme”:

La persona, que por el poder del Espíritu Santo es conducida progresivamente a la plena configuración con Cristo, refleja en sí misma un rayo de la luz inaccesible y en su peregrinar terreno camina hacia la Fuente inagotable de la luz. De este modo la vida consagrada es una expresión particularmente profunda de la Iglesia Esposa, la cual, conducida por el Espíritu a reproducir en sí los rasgos del Esposo, se presenta ante Él resplandeciente, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada (cf. Ef 5, 27) (VC 19).

Dios llama a los consagrados pero no alejándolos de la historia de sus contemporáneos sino concediéndoles también una misión particular visible en el *carisma* del propio instituto en el que el creyente profesa su adhesión a Cristo el cual debidamente aprobado por la autoridad eclesial competente es un don con el cual la Iglesia se adorna ante el Esposo (cf. Ap 21, 2) . El carisma es el punto de vista que destaca de la vida del Señor en el evangelio para constituir su comunidad, así la pobreza para un franciscano o la predicación para un dominico son elementos centrales de su carisma.

Cada uno de los consagrados colabora a la edificación de la caridad en la Iglesia Particular en nuestra ciudad bajo la guía de nuestro obispo propio, los carismas no son fuerzas centrífugas que dispersen la unidad de nuestra Iglesia sino dones que aportan especialmente a la comunión de toda la Iglesia cuando dócilmente se dejan tutelar y conservar por nuestros pastores que apacientan el rebaño en comunión con Pedro, la cabeza de toda la Iglesia. Cometido del Obispo propio en cada Iglesia particular es conservar y tutelar ese carisma en fidelidad a lo que la Iglesia ha aprobado en ellos.. (VC 48)

El carisma se convierte también en espiritualidad que identifica a cada instituto religioso, así podemos hablar de espiritualidad franciscana, de la espiritualidad de la cruz, de la espiritualidad carmelita etcétera según el carisma propio de cada orden. Todas estas espiritualidades se unen bajo la perspectiva de la comunión, en la Iglesia no somos todos iguales sino que estamos unidos, no habría comunión si todos fuéramos idénticos lo que habría sería uniformidad. La pluralidad de carismas y espiritualidades en medio de una espiritualidad de comunión refleja la comunión eterna de la Santísima Trinidad en la tierra, una meta que se logra cuando todos encuentran en la Iglesia Madre la fuente de su entrega, es la Iglesia llena del Espíritu Santo de la que cada instituto y cada consagrado bebe la fecundidad que puede aportar en el mundo, bajo la guía de los pastores que nuestra Iglesia apostólica designa en cada lugar.

En orden a la misión

Sin la vida consagrada en nuestra diócesis perderíamos muchos dones espirituales, ambientes apropiados para la búsqueda de Dios, y tendríamos muy debilitado nuestro espíritu misionero, que es una característica de la mayoría de los Institutos. Debemos valorar cuánto han aportado a nuestra diócesis los que viven la consagración.

Así como Cristo, el Hijo predilecto «a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo » (Jn 10, 36), también aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para imitar su ejemplo y continuar su misión.

Cristo fue ungido con el Espíritu Santo y así como el aceite baña un objeto haciendonos imposible acceder a él sin tocar el óleo, así también a Cristo llegamos por la acción del Espíritu Santo.

El es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús. La profesión de los consejos evangélicos, al hacer a la persona totalmente libre muestra también la trascendencia que tiene para la misión. Se debe pues afirmar que la misión es esencial para cada Instituto, no solamente en los de vida apostólica activa, sino también en los de vida contemplativa, es posible recordar cuántos consagrados a la vida contemplativa se han sentido íntimamente vinculados a la misión ad-gentes.

En nuestra arquidiócesis y en particular en nuestra vicaría en la que una gran cantidad de religiosos realizan una intensa vida apostólica tenemos un gran tesoro que ofrecer al pueblo de Dios por la participación en la misión permanente y en la espiritualidad de discípulos misioneros que puede encontrar en la vida consagrada un ejemplo de dedicación a la difusión del Reino de Dios.

Diversas formas de vida consagrada en la Iglesia Católica

Es natural preguntarnos de inmediato: ¿todos los sacerdotes pertenecen a la vida religiosa? y es importante saber que la respuesta es negativa. Sólo algunos sacerdotes pertenecen a ese género de vida, de modo que ni todo sacerdote lleva una vida consagrada con las características que hemos señalado antes ni tampoco todos los religiosos son sacerdotes, existen hombres y mujeres que llevan una vida consagrada y son por ejemplo, monjes y monjas, hermanos consagrados o legos que no son parte del clero en la Iglesia. Solamente algunos de entre los varones que llevan vida religiosa acceden también al sacramento del orden sacerdotal, ellos además de las obligaciones de todo sacerdote han de vivir la regla de su comunidad o instituto y profesar con votos o vínculos semejantes los consejos evangélicos.

Es oportuno aclarar que existen además otros sacerdotes que no son parte del clero religioso, no llevan estrictamente una *vida religiosa* sino que conforman el clero diocesano por pertenecer formalmente a una diócesis a la que están vinculados, es decir son personas que no pertenecen a una comunidad particular sino que responden a Jesús que llama algunos varones en su pueblo para la celebración Eucarística y para apacentar el rebaño de Dios y a ellos les concede en la Iglesia el don del sacramento del orden sacerdotal, viven una santificación en orden a la tarea apostólica en fraternidad sacerdotal sin tener que llevar una vida comunitaria ni con una santificación orientada a los votos o por medio de ellos, es por eso que no los contamos dentro de la vida consagrada, si bien su vinculación con Cristo Pastor les lleva a una promesa de castidad desde el diaconado y viven bajo la autoridad pastoral del obispo pero dichas virtudes no se llevan a cabo en su vida bajo la forma de voto religioso.

Entendida esta diferencia entre el clero religioso que pertenece formalmente a la vida consagrada y el clero diocesano que no es parte de ella pensemos también en los consagrados con rostros concretos y con historias de fe, pensemos en los grandes Santos para ejemplificar este género de vida, traigamos a la mente a un San Francisco de Asís que asumiendo el evangelio como forma de vida, hizo crecer la fe, renovó la Iglesia, así como hizo también Ignacio de Loyola y a su modo también Santa Clara y San Juan Eudes todos estos tuvieron formalmente una vida consagrada a Dios. Ahora además de explicar en qué consiste la consagración hagamos una sencilla enumeración de las formas que adopta esta vida en

la Iglesia católica para entender mejor quiénes son y qué misión tienen los que se dedican a Dios de manera especial y que no son parte del clero diocesano.

Desde el inicio de la historia del cristianismo ha habido monjes y monjas que han entregado su vida a seguir así a nuestro Señor, siguiéndolo de modo cenobítico (es decir, viviendo en una comunidad) y otros viviendo en espacios eremíticos (a solas), es decir la primera gran distinción de la vida consagrada aparece entre los que llevan una vida comunitaria y los que se dedican a la oración a solas contemplando al Señor. En estos modos de vida las costumbres, la obediencia, la estabilidad y la asidua dedicación a la meditación de la Palabra (lectio divina), la celebración de la liturgia y la oración ayudan a quienes viven así a armonizar su vida interior y el trabajo, en los espacios donde viven estos consagrados a Dios ha florecido la cultura y el estudio reflejando en la ciudad terrena destellos de la ciudad celestial. Pensamos en San Benito y en San Agustín que se presentan como los grandes inspiradores de la vida consagrada al inicio de la cristiandad.

En la historia de la Iglesia también han existido y aun tenemos ejemplos de eremitas, viudas consagradas y órdenes de vírgenes consagradas por el Obispo diocesano que mediante el voto de castidad son un hermoso signo del Reino de Dios. Ejemplos elocuentes podemos recordar en San Charbel que fue eremita o Santa Casilda de Toledo.

Cuando las comunidades de vida consagrada en nuestra Iglesia están dedicados completamente a la oración hablamos de la vida consagrada contemplativa, son comunidades que imitan a Cristo cuando subía al monte a orar y ofrecen un testimonio del amor de la Iglesia a su Señor, se suelen distinguir de los consagrados de vida activa porque radican de ordinario en una casa contemplativa o monasterio y en Él realizan toda su misión entre el trabajo y la oración. El Señor que nos ha invitado a orar sin desfallecer (Lc 18,1) realiza su deseo de oración constante en algunos hermanos y hermanas que dedican toda su vida a contemplar la belleza del que nos creó a todos. Recordamos con ellos a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz o a Santa Teresa de Ávila.

Pero también algunos otros creyentes imitan a nuestro Señor no tanto en su vida retirada del mundo como en su vida pública y lo hacen con formas de vida consagrada dedicados también al apostolado y así podemos enumerar desde los Canónigos regulares, las Órdenes Mendicantes, los Clérigos regulares y, en general, las Congregaciones religiosas masculinas y femeninas que con una vida de oración y de trabajo apostólico recuerdan cómo el Señor se refleja en peculiares dones que subrayan un aspecto del evangelio según el impulso y carisma inicial de sus fundadores y fundadoras. Aquí recordamos a Santo Domingo y San Francisco, a Santa Clara o a nuestra Beata María Inés Teresa Arias o a la misma Madre Teresa de Calcuta.

Las Sociedades de Vida Apostólica son otra forma de consagración a Dios y ellos quieren vivir su vida especialmente identificados con Cristo el cual además de llamar a los discípulos a vivir con él, los envió a predicar (Mc 3, 14), para ellos el centro de su consagración se encuentra en el apostolado aunque también pueden asumir los consejos evangélicos. Entre los Santos eminentes de estas formas de vida consagrada recordamos especialmente a San Felipe Neri y a San Vicente de Paul.

Además existen también los Institutos Seculares, es decir comunidades cuyos miembros quieren vivir la consagración a Dios pero viviendo su vida en el mundo mediante la profesión de los consejos evangélicos queriendo ser como la levadura del evangelio en medio de las estructuras temporales entregando ahí las energías nuevas del Reino de Dios realizan una síntesis de entrega a él y vida en medio del mundo.

Oración final

El regalo de la vida Consagrada en nuestra fe es un don que también debemos pedir, oremos y demos gracias al Señor por la vida consagrada entre nosotros, estimemos su vida y encomendemos las nuevas vocaciones que en las nuevas generaciones respondan con generosidad a este llamado concreto.

Padre Santo, santifica a los hijos e hijas que se han consagrado a ti para la gloria de tu nombre.

Acompáñales con tu poder, para que puedan dar testimonio de que Tú eres el Origen de todo, la única fuente del amor y la libertad. Te damos gracias por el don de la vida consagrada, que te busca en la fe y, en su misión universal, invita a todos a caminar hacia ti.

*Jesús Salvador, Verbo Encarnado, así como has dado tu forma de vivir a quienes has llamado, continúa atrayendo hacia ti personas que, para la humanidad de nuestro tiempo, sean depositarias de misericordia, anuncio de tu retorno, y signo viviente de los bienes de la resurrección futura.
¡Ninguna tribulación los separe de ti y de tu amor!*

Espíritu Santo, Amor derramado en los corazones, que concedes gracia e inspiración a las mentes, Fuente perenne de vida, que llevas la misión de Cristo a su cumplimiento con numerosos carismas, te rogamos por todas las personas consagradas. Colma su corazón con la íntima certeza de haber sido escogidas para amar, alabar y servir. Haz que gusten de tu amistad, llénalas de tu alegría y de tu consuelo, ayúdalas a superar los momentos de dificultad y a levantarse con confianza tras las caídas, haz que sean espejo de la belleza divina. Dales el arrojo para hacer frente a los retos de nuestro tiempo y la gracia de llevar a los hombres la benevolencia y la humanidad de nuestro Salvador Jesucristo (cf. Tt 3, 4).

María, figura de la Iglesia, Esposa sin arruga y sin mancha, que imitándote «conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y el amor sincero», sostiene a las personas consagradas en el deseo de llegar a la eterna y única Bienaventuranza.

Las encomendamos a ti, Virgen de la Visitación, para que sepan acudir a las necesidades humanas con el fin de socorrerlas, pero sobre todo para que lleven a Jesús. Enséñales a proclamar las maravillas que el Señor hace en el mundo, para que todos los pueblos ensalcen su nombre. Sostenlas en sus obras en favor de los pobres, de los hambrientos, de los que no tienen esperanza, de los últimos y de todos aquellos que buscan a tu Hijo con sincero corazón.

A ti, Madre, que deseas la renovación espiritual y apostólica de tus hijos e hijas en la respuesta de amor y de entrega total a Cristo, elevamos confiados nuestra súplica. Tú que has hecho la voluntad del Padre, disponible en la obediencia, intrépida en la pobreza y acogedora en la virginidad fecunda, alcanza de tu divino Hijo, que cuantos han recibido el don de seguirlo en la vida consagrada, sepan testimoniarlo con una existencia transfigurada, caminando gozosamente, junto con todos los otros hermanos y hermanas, hacia la patria celestial y la luz que no tiene ocaso.

Te lo pedimos, para que en todos y en todo sea glorificado, bendito y amado el Sumo Señor de todas las cosas, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo

ACTIVIDADES

A.- PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Objetivo: Reforzar el contenido de la catequesis y compartir los conocimientos.

Materiales: Hojas y plumas para anotar las respuestas. Fotocopias con las preguntas que están anotadas en esta página 10 de la catequesis.

Tiempo para realizar la actividad: 30 a 40 minutos

Procedimiento:

1.- El que dirige la actividad pide resolver las preguntas siguientes en equipos de dos o tres personas:

¿Desde cuándo existe la vida consagrada? ¿Qué pasaje del evangelio nos permite entender la vida consagrada? ¿Porqué? ¿Cuál es el año de la vida consagrada? ¿cuándo es el año de la misericordia? ¿porqué los consagrados son un signo de la vida futura? ¿Qué invitación reciben de Dios Padre los que son parte de la vida consagrada? ¿qué papel tiene el miedo y la pequeñez para un consagrado? ¿cómo experimentan la misericordia del Padre?

¿Qué aspectos de la vida de Cristo se convierten en un voto para los consagrados? ¿A quienes se refiere el Apocalipsis cuando dice que algunas personas siguen al Cordero “donde quiera que vaya”? ¿Porqué la cruz juega un papel importante para la vida de los consagrados?

¿Cómo aparece el Espíritu Santo en la escena de la transfiguración? ¿Quién es el autor de la santificación de todos los bautizados? ¿Qué es el carisma para los consagrados? ¿Los consagrados son independientes del Obispo? ¿Qué aspecto de la vida de Cristo vincula a los consagrados con la Misión? ¿Qué distingue los sacerdotes religiosos de los sacerdotes diocesanos? ¿qué diferencia tiene la vida contemplativa con la vida activa en la Iglesia? ¿A qué tipo de vida consagrada pertenecía San Charbel? ¿San Benito? ¿San Ignacio? ¿San Francisco? ¿San Felipe Neri? ¿Conoces algo de la historia de estos santos? ¿Cuál es la diferencia entre una Sociedad de Vida Apostólica y una Orden Religiosa? ¿Qué personas pertenecen a la vida consagrada en nuestra comunidad? ¿a qué instituto pertenecen? ¿cómo podemos entrar en contacto con ellos o ellas? ¿qué he recibido en mi vida gracias a la vida religiosa? ¿crees que los jóvenes podrían entusiasmarse conociendo más el sentido de la vida consagrada? ¿Qué conclusión puedes sacar después de comprender lo que es la vida consagrada?

2.- Los equipos eligen un secretario y durante algunos minutos anotan las respuestas.

3.- Después de un tiempo el que dirige la actividad llama a los secretarios de cada grupo y les pide a cada uno que exponga todas o una parte de las preguntas respondidas según las circunstancias.

4.- Cada secretario explica a los demás las respuestas que se respondieron según las indicaciones.

5.- Terminadas todas las intervenciones el que dirige la actividad intenta exponer una conclusión común que asuma el sentido de las diversas intervenciones.

B.- ADIVINA QUÉ ES

Objetivo: Verificar la habilidad para distinguir algunos conceptos de la catequesis

Material: Pizarrón o rotafolio. Marcadores. Borrador.

Tiempo: 20 a 30 minutos.

Procedimiento:

1.- El que dirige divide en dos o más grupos que competirán para dar a conocer con dibujos y sin hablar los siguientes conceptos:

Vida Activa

Sacerdote Religioso

Vida Contemplativa

Sacerdote Diocesano
Votos
Carisma
Castidad
Comunidad.
Pobreza
Obediencia
Transfiguración
Trinidad
Vocación
Misión.
Hábito.
Consagración.
Misión.

2.- Se llaman a dos representantes de cada equipo para decirles alguna de las palabras listadas en el número uno. Ellos deberán representar con dibujos la palabra sugerida. El equipo que adivine primero cada palabra obtiene un punto.

C.- MIS VECINOS NO SABEN.

Objetivo: Organizar las respuestas a las preguntas de la actividad A.

Material: Una pelota y las preguntas de la actividad A.

Realización:

1.- Se dividen los participantes en dos grupos.

2.- Un equipo debe lanzar la pelota al equipo contrario, si la pelota rebota contra la pared y cae en el piso gana el equipo que la lanzó. Si algún miembro del equipo toma la pelota debe responder una pregunta del equipo que lanzó la pelota comenzando por la frase “mis vecinos no saben” y añadiendo la pregunta.

El que dirige la actividad evalúa si la respuesta es correcta y brinda un punto al equipo ganador. Si acierta cambia el turno para lanzar la pelota.

D- LLUVIA DE IDEAS.

Objetivo: Dar ocasión de sintetizar los conocimientos adquiridos en la exposición de la catequesis.

Materiales: Hojas de rotafolio o Pizarrón y marcadores.

Tiempo para ejecutar la actividad: 20 a 30 minutos.

Procedimiento:

1.- Con todos los participantes, según el número, por grupos o individualmente se les pide que sintetizen el significado de la vida consagrada en una sola palabra.

El que dirige la actividad dará la palabra a cada grupo o a cada persona con la pregunta ¿qué es lo más importante de la vida consagrada?

Un secretario o el mismo expositor de la catequesis anotará las palabras que cada persona o grupo indique.

2.- Cada grupo puede exponer el sentido por el cual piensa que su idea sintetiza bien el significado de la vida consagrada.

3.- El que dirige la actividad vuelve a dar la palabra a cada grupo o persona para que añada una palabra

a la que ya había sugerido para sintetizar mejor el significado de la vida consagrada.

4.- El que dirige o cualquier integrante del grupo expone cómo se relacionan unas palabras con otras y cómo pueden ser integradas en una síntesis del tema expuesto.

E.- ORACIÓN.

Objetivo: Interiorizar el contenido de la catequesis y concluir la reunión.

Materiales: Fotocopias de la página 9 de esta catequesis para cada participante.

Tiempo para realizar la actividad: De dos a cinco minutos.

Realización:

- 1.- Se reparten a todos las fotocopias.
- 2.- El que dirige la actividad propone a los demás el inicio de la oración con la Señal de la Cruz.
- 3.- Se lee detenidamente el contenido de la página 9.
- 4.- Se termina haciendo el Padre Nuestro, el Ave María y el Gloria por las vocaciones religiosas.